

LA IDENTIDAD JUVENIL

M^a José Montes Fuentes. Universidad de Sevilla

1. La adolescencia en las sociedades postindustriales

La adolescencia puede entenderse como el período de iniciación al mundo auténticamente humano. El mundo humano es el mundo natural transformado por la cultura. El adolescente es el ser humano que habiendo alcanzado el desarrollo fisiológico y psíquico puede constituirse como sí mismo, y con ello, distanciarse y modificar el entorno natural. Así, siguiendo los pasos trazados por Rousseau, la adolescencia se entiende como un proceso intermedio entre el salvajismo y la civilización. El niño, considerado como un ser natural y, por lo tanto, salvaje, deviene otra cosa, un ser humano, es decir un ser civilizado.

Según el Diccionario de la Real Academia la adolescencia se define como la «edad que sucede a la niñez y que transcurre desde la pubertad hasta el completo desarrollo del organismo» (1984, 30). La adolescencia se entiende como un período de evolución psicológica identificado con el término juventud. La juventud es «la edad que empieza en la pubertad y se extiende a los comienzos de la edad adulta» (Diccionario de la Real Academia, 1984, 806). No obstante, muchos autores se preguntan si la adolescencia es un estadio psicológico necesario, un período natural de desarrollo, o más bien un producto cultural moderno propio de las sociedades postindustriales (Hall, 1915), (Hopkins [1987], Palacios [1990], Aguirre y Rodríguez [1997], Feixá [1998]).

Es decir, ¿todas las sociedades reconocen un estadio nítido de transición entre la infancia y la vida adulta? Para resolver esta cuestión conviene, en primer lugar, hacer la distinción entre los términos *pubertad* y *adolescencia*. Por *pubertad* se entiende al conjunto de cambios físicos y fisiológicos que modifican el cuerpo infantil, a lo largo de la segunda década de la vida, y que lo convierten en un cuerpo adulto preparado para la reproducción de la especie. Por *adolescencia* se entiende no tanto un período biológico, sino más bien un período psicosocial que puede prolongarse más o menos, de acuerdo a un determinado contexto cultural, y que se caracteriza por la transición de la infancia a la adultez. (Palacios, 1990). Así pues, mientras que la pubertad es un fenómeno de índole universal, la adolescencia o juventud aparece más bien como «una construcción cultural» relativa al tiempo y al espacio (Feixá, 1998).

Cada modelo de sociedad de acuerdo al conjunto de condiciones sociales (normas, instituciones, usos, costumbres) y de imágenes culturales (valores, ritos, mitos, creencias, lenguajes) configura el tránsito de la infancia a la vida adulta con singulares características y variables bien diferenciadas. En las sociedades primitivas se pasaba de la infancia a la adultez, a través de un período corto caracterizado por los ritos de iniciación. Esta breve etapa de iniciación implicaba pasar por una serie de pruebas, a menudo dolorosas, y suponía una cierta «mutación ontológica», un cambio radical en el adolescente quien pasaba a ser considerado como «otra persona» (Aguirre y

Rodríguez, 1997, 11).

Si hacemos un breve repaso histórico de lo ocurrido en el mundo occidental, podemos distinguir cinco grandes modelos de juventud o de adolescentes de acuerdo a los distintos tipos de sociedad: «los *púberes* de las sociedades primitivas sin Estado; los *efebos* de los Estados antiguos; los *mozos* de las sociedades preindustriales; los *muchachos* de la primera industrialización; y los *jóvenes* de las modernas sociedades postindustriales» (Feixá, 1990, 18).

La juventud surgió como grupo social diferenciado a principios del siglo XX, pero sus antecedentes se sitúan en el siglo XIX. Siguiendo el estudio de Feixa (1998), podemos observar, a lo largo del siglo XIX, un progresivo cambio en las instituciones, los cuales favorecen el surgimiento de jóvenes con características muy diversas a las que habían mantenido en anteriores etapas históricas. La primera institución que cambia es la familia. Debido a que el modelo de aprendices va desapareciendo desde el siglo XVII, la familia tiene que asumir la responsabilidad de educar y cuidar de sus hijos adolescentes. Los hijos van perdiendo su anterior independencia económica y moral.

La escuela es otra institución básica que ofrece cambios importantes. El peso de la educación no cae de manos de la iglesia, sino que la burguesía asume el reto educativo con tutores contratados por las familias. Además, poco a poco, surgen centros educativos como los *colleges* o internados en donde los alumnos son agrupados de acuerdo a la edad, y con ello, se procede a una moderna ordenación del sistema educativo. El adolescente (varón) es aislado durante un período de tiempo del mundo de los adultos sometido a un rígido régimen disciplinario.

El ejército es otra institución que influye en los jóvenes varones. Con la revolución francesa se instituye el servicio militar obligatorio. Los jóvenes pasan a convivir con otros jóvenes de edades semejantes aunque de orígenes muy diversos. Es, a lo largo del siglo XIX cuando se establece el sistema de quintas en Europa. Es, entonces, cuando «Por primera vez se dan las condiciones para que surja una conciencia generacional» (Feixa, 1998, 37). Esta conciencia generacional promueve una cultura juvenil con sus diversas manifestaciones: un lenguaje propio, un territorio común, unos rituales, mitos, hábitos, creencias, normas y valores específicos.

Pero los cambios más decisivos y complejos aparecen en las transformaciones ocurridas en el entorno laboral a raíz de la segunda Revolución Industrial. Los avances técnicos hacen que, poco a poco, los menores queden relegados de la industria. La productividad hace que disminuya la mano de obra pero además la especialización de los puestos de trabajo requiere técnicos cualificados. Tanto los jóvenes burgueses como los obreros son eliminados del mercado laboral. Por eso, algunos autores señalan que el comienzo de la adolescencia se sitúa en las décadas que van entre 1800 a 1900 y se extiende posteriormente, desde los varones burgueses a las mujeres y obreros, acaparando también las zonas rurales y a los países no occidentales. Pero, aunque la adolescencia se democratiza en la primera mitad del siglo XX, es en la segunda mitad del siglo, cuando la juventud aparece no como sujeto pasivo sino como actor protagonista en la escena pública. (Feixa, 1998, 41).

Durante los años 60 se originan una serie de cambios que van a modificar las condiciones sociales y con ello las imágenes culturales de los jóvenes. Feixá (1998, 43) señala cinco factores fundamentales de ese cambio. En primer lugar, la emergencia

del Estado de bienestar que creó un crecimiento económico sostenido. Los jóvenes son los sectores más beneficiados por las políticas de bienestar. Algunos de sus éxitos son las mayores posibilidades educativas y de ocio, la seguridad social, la ampliación de los servicios a la juventud, la transferencia de recursos de los padres a los hijos etc. En segundo lugar, la crisis de la autoridad patriarcal. Los jóvenes en su rechazo de la autoridad paterna reflejan una revuelta contra todas las formas de autoritarismo. En tercer lugar, el nacimiento de un mercado dirigido a los adolescentes que, sin marcadas diferencias de clases, acceden a un consumo cotidiano debido al incremento de la capacidad adquisitiva. En cuarto lugar, la emergencia y el papel de los medios de comunicación que crean una verdadera cultura juvenil. En quinto lugar, el proceso de modernización de los usos y costumbres. La moral puritana se transforma en una moral más laxa. Se produce la revolución sexual en la que, por vez primera, se separa el sexo de la procreación modificando así los esquemas tradicionales y abriendo un mundo nuevo a las relaciones afectivas y sexuales.

Pero, sin duda, uno de los factores más decisivos de la aparición de la adolescencia se debe al dato demográfico. A partir de los años 60 son ya millones de jóvenes los que pasan a endosar las filas de este nuevo grupo social. Actualmente existen unos 45 millones de jóvenes en Estados Unidos en edades comprendidas entre los 18 y 29 años. En España la juventud suma el 24,44 % del total de la población. España junto con Irlanda tienen todavía la mayor proporción relativa de población joven dentro de la Unión Europea. La juventud española representa el 11,8% del total de la población Europea comprendida entre 15 y 29 años. (Martín y Velarde, 1996, 34-35).

Quizás, a alguno les sorprenda que en las estadísticas actuales se englobe a los jóvenes entre las edades de 18 a 29 años. Debido a los factores señalados anteriormente, especialmente a la exclusión de los jóvenes del mundo laboral y a la obligatoriedad de la enseñanza secundaria, el tránsito de la infancia a la vida adulta se ha prolongado en las sociedades tecnológicas. La juventud deja de ser una etapa iniciática que duraba unos 6 años para ocupar un lugar y espacio propio que dura aproximadamente 15 años. Es decir, que la juventud dura más que la infancia. No es, por consiguiente, un estadio tan transitorio. Así, podemos hacer una nueva división de la adolescencia de acuerdo a las siguientes etapas (Aguirre y Rodríguez, 1997, 16):

- 1 Pubertad y Preadolescencia (10-12 años)
2. Protoadolescencia (12-15 años)
3. Mesoadolescencia (16-22 años)
4. Postadolescencia (23-29 años)

Aunque el mito de la adolescencia como período turbulento y conflictivo, propio de la herencia romántica, ha ido desapareciendo a raíz de análisis posteriores (Mead, 1985) existen una serie de dificultades que hacen que el tránsito a la vida adulta no sea fácil para muchos adolescentes. El paro, la dependencia de los padres, la imposibilidad de formar una familia, el actual coste de la vida, la prolongación de la educación, la burocracia, la obsesión por títulos o masters universitarios, son algunos de los problemas que amenazan a los jóvenes de nuestro entorno cultural.

Hopkins (1987, 333) sostiene que la modernización de la sociedad conlleva un coste elevado para configurar la identidad de los jóvenes quienes se separan o auto-

marginan de la sociedad por diferentes vías que van desde el rechazo político e institucional a la inclusión en sectas religiosas. Este autor señala cinco factores que provocan los conflictos de identidad. En primer lugar, el paro o la carencia de los roles ocupacionales. En segundo, la discontinuidad generacional con la subsiguiente pérdida de las tradiciones. En tercer lugar, la movilidad social gracias a la cual los amigos son comodidades intercambiables. En cuarto, la naturaleza deshumanizante de los roles ocupacionales. Por último, los prejuicios y la discriminación que se hace patente en las sociedades pluralistas y tecnocráticas. Además, las sociedades tecnológicas dificultan la comunicación entre las personas de distintas generaciones: «la fragmentación de la familia, la separación del lugar de residencia y el lugar de trabajo, el derrumbamiento de la vida vecinal, las leyes de zonificación, la movilidad por causa del empleo, las leyes del trabajo infantil, la abolición del sistema de aprendices, las escuelas consolidadas, los supermercados, la televisión, los modelos separados de vida social para los diferentes grupos de edad, las madres trabajadoras, la delegación del cuidado de los niños a especialistas –todas estas manifestaciones del progreso operan disminuyendo la oportunidad y el incentivo para que se produzcan contactos significativos entre niños, personas mayores y más jóvenes que ellos» (Bronfenbrenner, 1974, 54, cit. en Hopkins, 1987, 329).

Si nos referimos al contexto español de los jóvenes de la generación de los 90 nos encontramos con algunos condicionantes específicos señalados en el informe de la Fundación Santa María (Elzo, 1994). En el ámbito económico, el paro juvenil y la desconfianza de poder encontrar un empleo, hacen que los jóvenes vivan en la experimentación y en la precariedad dependientes de la familia o del Estado de Bienestar. En el ámbito social, aparece una fractura del tiempo cronológico. Se separan radicalmente el tiempo del estudio y el tiempo de fiesta. El tiempo de fiesta centrado en los fines de semana representa un nuevo espacio o territorio que configura las señas de identidad de la emergente cultura juvenil. En el ámbito familiar, destaca la incorporación de la mujer al trabajo y los reajustes en el nuevo modelo de autoridad familiar. En el ámbito cultural o ideológico aparece una ausencia de referentes universalmente admitidos en la sociedad actual. A estos condicionantes se pueden añadir la emergencia de las drogas de diseño, la nueva lectura de la sexualidad, así como el culto al cuerpo o el narcisismo creciente en los jóvenes de hoy.

En el estudio de González Blasco (1994, 279) se enumeran las dificultades por las que atraviesan los jóvenes españoles de los 90, a la hora de configurar una identidad personal:

- a) La fragmentación existente en los conocimientos.
- b) La complejidad cultural.
- c) La carencia de marcos referenciales dadores de significados.
- d) El pluralismo de centros débiles de atracción.
- e) La debilidad de algunos agentes socializadores tradicionalmente importantes.
- f) La presión de unos medios de comunicación social aportando información difícilmente transformable en cultura.
- g) La ambigüedad de valores y el relativismo actitudinal.
- h) Un pluralismo más caótico que vertebrador.
- i) Un pujante consumismo estimulando a tener y cosificador de seres por ello menos consistentes.

Además, como ha señalado Erikson, «la democracia industrial plantea especiales problemas al insistir en identidades autofabricadas, dispuestas a aprovechar múltiples posibilidades y a adaptarse a las cambiantes necesidades impuestas por las alzas y las bajas económicas, por la paz y la guerra, por la migración y por determinada vida sedentaria» (1980, 114). Las actuales democracias deben ser capaces de mostrar ideales que puedan ser compartidos por jóvenes de distintos y variados lugares de procedencia, y dar importancia a una autonomía que implique iniciativa e independencia en forma de trabajo constructivo. Pero, a menudo esas promesas no se cumplen en los sistemas complejos y centralizados de organización industrial, económica y política. Por ello, los jóvenes se encuentran desilusionados porque carecen de posibilidades reales en las que desempeñar su iniciativa individual y conseguir su autorrealización.

Pero, no todo son desventajas. También es posible señalar algunos factores que, en el seno de las sociedades tecnológicas, pueden ayudar a configurar la identidad personal de los jóvenes. Pueden destacarse los siguientes (González Blasco, 1994, 27):

- a) La mayor libertad para escoger.
- b) Los menores costos sociales otorgados a las opciones personales o colectivas, sean las que sean.
- c) La espontaneidad y el valor reconocido de la sinceridad.
- d) La apertura de opciones para ver, oír, leer lo que uno elija.
- e) La creciente aceptación de una privacidad que puede ser gozosamente creada.
- f) La caída de la presión social en las elecciones personales.
- g) La libertad más respetada para que cada cual pueda optar y unirse a otros: libertad más concretada en libertades.
- h) las facilidades técnicas de comunicación.

Los estudios recientes señalan que, la mayoría de los jóvenes españoles, haciendo un balance de las ventajas y desventajas del contexto socio-cultural, no presentan grandes conflictos en esta etapa de moratoria que constituye la juventud o adolescencia. «En conjunto parece, sin embargo que, con las evidencias de que disponemos, se puede afirmar que el adolescente turbulento, atormentado y problemático existe, pero no es el tipo de adolescente predominante, encontrándose en este grupo menos de un 11 por 100 de los adolescentes jóvenes. Se afirma que en torno al 57% de los adolescentes jóvenes tienen una transición positiva y saludable, mientras que en torno al 32% de los jóvenes adolescentes presentan dificultades intermitentes y situacionales» (Palacios, 1990, 305).

Curiosamente, en el último informe Injuve 96, la actual generación de jóvenes españoles aparece como la generación *más integrada* que existe desde hace treinta años. En la actual generación se encuentra el mayor número de hijos e hijas que han interiorizado las creencias transmitidas por los padres. Esta integración puede usarse de manera no-peyorativa, para referirse a la aceptación que la mayoría de los jóvenes hacen de las distintas organizaciones: familiar, política, económica, relacional, en la que han nacido y son educados (p.23).

Ahora bien hay que tener en cuenta que bajo término genérico de *juventud* «se ocultan universos sociales y lógicas muy distintas» (Martín Criado, 1998, 37). Por ello, resulta difícil hablar de una juventud unificada o de una cultura juvenil. Cuando

definimos a alguien como «joven» no quiere decir que definimos lo que esa persona realmente es. Más bien, le asignamos una identidad pero no su *entidad* (Martín y Velarde, 1996, 17). La entidad de cada persona depende de muchos factores sociológicos: de que esté soltero o casado; de que trabaje o estudie; de que haya constituido una familia; de que asuma responsabilidades sociales; de que sea varón o hembra; de que pertenezca o no a una cultura desarrollada etc. Es preciso tener cuidado y percatarse de que «cuando la edad es el factor determinante de la persona joven, suele manifestarse como una condición más bien perjudicial y discriminativa» (Ibidem).

2. *La realización personal: identidad afectiva e identidad profesional*

2.1. *La moratoria psicosocial*

La adolescencia es el estado más crucial para la constitución de la identidad. Por identidad entendemos «el conjunto de rasgos que caracterizan a una persona y que le dan un sentido de unicidad, continuidad, y coherencia, ante sí mismos y ante los que le rodean»

(González Rodríguez y de la Mata, 1997, 111). Ahora bien, conviene distinguir entre identidad objetiva, identidad subjetiva y autoidentidad. Por identidad objetiva se entiende el conjunto de percepciones que otra persona posee sobre la propia identidad. Es decir, lo que los demás piensan de mí. La identidad subjetiva es el modo en que un individuo percibe la forma en que es visto por otras personas. Es decir, lo que yo creo que los demás piensan de mí. La autoidentidad consiste en la visión privada que las personas hacen sobre el conjunto de rasgos y características personales que mejor lo describen: impulsos, habilidades, creencias. Todo aquello que constituye la historia personal del individuo o aquello que yo puedo decir de mí mismo (Hopkins, 1987, 84). Los adolescentes, a menudo, confunden esos sentidos de la identidad definiéndose a sí mismos por referencia a cómo son vistos por los demás.

La adolescencia es la etapa psicológica en la que se va a establecer un proceso de individuación que desembocará en la construcción de la propia autonomía. Pero para llegar a esta autonomía es preciso distanciarse de la autoridad de los padres. Freud hablaba de la muerte del padre. Muchos de los jóvenes españoles de la generación actual que no pueden prescindir del apoyo de sus familias, tampoco consiguen transformar el vínculo emocional con ellos y así retrasan el pleno desarrollo de una personalidad autónoma. Estos jóvenes valoran positivamente la autoridad paterna ya que en ella obtienen seguridad y aceptan que los padres controlen sus reacciones, sus ocupaciones e incluso su vida sexual. Otros devalúan las cualidades de la generación juvenil mientras que sobrevaloran las virtudes y logros de la generación de sus padres (Martín y Velarde, 1996, 22). Ahora bien, también existen otros jóvenes que han planteado la muerte del padre, y con ella la de la autoridad y que se han aventurado a encontrar una autonomía propia. Pero, para conseguir su identidad es preciso pasar por un estadio en el que el adolescente retrase las obligaciones y los compromisos adultos.

Erikson señala que la mente adolescente es esencialmente una mente de moratoria, un estadio psicosocial entre la infancia y la madurez, entre las normas aprendidas de pequeño y la ética a desarrollar de adulto. «Una moratoria es un período de

demora o pausa garantizado a alguien que no es aún capaz de asumir una obligación o ser forzado a ella, alguien que ha de conciderse tiempo a sí mismo» (Erikson, 1980, 135). El adolescente atraviesa por una crisis de identidad propia de su respectivo estadio psicológico en el que debe integrar los elementos de identidad atribuidos a su infancia. Pero el término crisis ha de entenderse no en un sentido estrictamente negativo «como una amenaza o una catástrofe, sino como un punto de giro, un período crucial de vulnerabilidad incrementada y de más alto potencial y, por tanto, a la fuente ontogenética de fuerza y de adaptación generacionales» (Erikson, 1980, 82).

Erikson entiende esta etapa de moratoria y de crisis de identidad como un estadio semideliberado del adolescente que le lleva a la experimentación de diferentes roles. La personalidad difusa y vulnerable, retraída y poco comprometida aunque exigente y obstinada del adolescente necesita jugar a «yo te desafío» y «yo me atrevo». Es decir, que el adolescente necesita tiempo para probarse a sí mismo. Por eso, el estadio de moratoria «ha de considerarse como un juego social –el auténtico sucesor genético del juego infantil» (1980, 141).

En líneas generales parece que la definición de moratoria psicosocial de Erikson responde a la conducta de los adolescentes. Pero, Erikson, quizás de acuerdo a la época en que elabora su teoría, entiende el estadio de moratoria como una situación transitoria y mucho más corta de la que ocupa, ahora, a gran número de jóvenes de la generación de finales de los 90. En el momento presente, este estadio transitorio se está convirtiendo en un estado permanente y que, difícilmente puede ser explicado como necesario o autoelegido por el adolescente. Ya no puede entenderse ni evaluarse este estadio como un *pasar* sino como un *estar* (Martín y Velarde, 1996, 14). Los jóvenes en edad cercana a los 30 años atraviesan por una confusión de identidad debido a que la sociedad les impide desempeñar los roles de adulto. Por eso, este estadio de moratoria o demora ya no puede definirse como una etapa de juego social. Por lo menos, muchos de los jóvenes desearían dejar de jugar y ocupar un lugar en el entramado social.

2.2. Estatus de identidad

Marcia (1966 y 1980 cits. en Hopkins, 1987) reelaborando la teoría de Erikson, señaló diferentes estatus de identidad por la que atraviesan los jóvenes adolescentes y que van a servir de guía para analizar la conducta de los protagonistas de este estudio:

Identidad hipotecada

Este estatus se refiere al hecho de que muchos jóvenes desarrollan roles ocupacionales o compromisos afectivos antes de que hayan superado su crisis de identidad. Por así decirlo, no han disfrutado del estadio de moratoria y se han hecho adultos antes de tiempo. A veces, los padres obligan explícita o implícitamente a sus hijos a elegir una determinada profesión. Otras veces, son los propios adolescentes quienes a edades muy tempranas se ven forzados a desempeñar los roles de adulto, como por ejemplo, ser madres y asumir las responsabilidades del cuidado de sus hijos.

Confusión de identidad

A veces los jóvenes sienten que, en esa etapa de moratoria, deben optar por asumir demasiadas obligaciones: decisiones sobre su futuro profesional, sobre sus relaciones afectivas, sobre su conducta sexual. No se sienten preparados para tomar esas decisiones teniendo en cuenta que la sociedad ofrece respuestas muy variadas, a veces contradictorias. Los valores de la familia no se corresponden con los que transmite la escuela o los diferentes medios de comunicación, e incluso los que propone un tipo de mercado dirigido al adolescente. Los jóvenes de hoy construyen su identidad dentro de un universo de «*pertenencias múltiples*». Es decir, pertenecen, «a la misma vez y al mismo tiempo, a distintos grupos de referencia, de los cuales reciben mensajes, indicaciones, visiones, a veces diferentes de la realidad circundante» (González Blasco, 1994, 25). Existe un pluralismo de mensajes, unido a un pluralismo de centros de referencia que se puede definir como un policentrismo. Esto ocasiona que los jóvenes presenten una cierta neutralidad frente a los valores que se relativizan y una relativización de las propias opciones. Por eso, tal y como señalan diferentes estudios, las biografías de los jóvenes son siempre abiertas y manifiestan una clara tendencia a no definirse (Ibidem). Los adolescentes temen las relaciones de intimidad personal retrasando los compromisos afectivos, presentan una incapacidad para trabajar seriamente o incluso llegan a experimentar una paralización laboral y no se adhieren a ninguna ocupación o ideología.

Identidad negativa

Según Erikson este estatus se define como una hostilidad, desprecio y esnobismo hacia la sociedad adulta, hacia aquellos roles que la comunidad inmediata ofrece como más deseables. Todos ellos se consideran falsos e incluso ridículos. Como respuesta inmediata los jóvenes eligen un mundo alternativo y radicalmente opuesto que puede englobar todos o alguno de los siguientes ámbitos: el laboral, afectivo, moral o estético. Si este tipo de respuestas es transitorio, entendido como una vía personal de experimentación, puede ser positivo. Pero, a veces, se convierte en un estadio permanente que puede terminar en la degradación del yo personal e incluso desembocar en el suicidio como única alternativa.

Logro de identidad

A partir del período de moratoria y de crisis o confusión de identidad, los adolescentes pueden tomar sus propias decisiones en el ámbito ocupacional, afectivo o ideológico. Erikson sostiene que la crisis de identidad termina cuando el adolescente acepta el compromiso hacia una ocupación o ideología.

Ahora bien, el logro de identidad no termina con la adolescencia. La biografía de cada uno se escribe a lo largo de todo el proceso vital. La búsqueda incesante del yo personal se entrelaza en la acción diaria con sucesivos logros y fracasos. «La consciencia de identidad, desde luego, tan sólo resulta superada por un sentimiento de identidad logrado a través de la acción. Tan sólo aquel que sabe «a dónde va y quién va con él» demuestra una inconfundible, si bien no siempre fácilmente definible

unidad y fulgor de apariencia y ser. Mas precisamente cuando una persona parece «encontrarse a sí misma», puede afirmarse también que «se está perdiendo a sí misma» en nuevas tareas y afiliaciones: trasciende la consciencia de su identidad» (Erikson, 1980, 261). Toda configuración de la identidad consta de elementos positivos y negativos. El ser humano, puesto que aprende a través de la experiencia, sabe anticiparse y puede que no se convierta en aquello en que, con frecuencia, no tiene intención de convertirse. «Así, la identidad positiva, lejos de ser una constelación estática de rasgos o roles, se halla siempre en conflicto con aquel pasado que ha de ser olvidado en el transcurso de la vida y con aquel futuro potencial que hay que prevenir» (Erikson, 1980, 263). Por eso, nos parecen más acertadas las teorías que entienden la identidad en la adolescencia como un proceso de reorganización cualitativa y no como un estadio estático de la personalidad (Kroger, 1996). Además la identidad hay que referirla siempre al contexto sociológico. Es decir, para determinar el proceso gradual de logro de identidad, especialmente en la adolescencia, es necesario partir «del análisis de la problemática de las clases edad y las generaciones en relación con las estrategias de producción y condiciones sociales de existencia diferenciales de los distintos grupos sociales» (Martín Criado, 1998, 38).

2.3. La identidad afectiva

Como hemos señalado anteriormente, la identidad en la adolescencia se caracteriza por una ruptura con los vínculos familiares y una aproximación a establecer vínculos con los jóvenes de una misma generación. La ruptura con los vínculos familiares no sólo tiene que ver con un conflicto generacional sino con la crisis por la que atraviesa el modelo tradicional de la familia. Si tomamos como referencia datos estadísticos de la realidad norteamericana observamos que a pesar de que George Bush, en 1992, apostase por los valores familiares tradicionales (*family values*), la realidad social de EEUU muestra modelos alternativos de familia, distintos al modelo básico tradicional, así como una creciente tendencia al individualismo (Choza, 1995, 133). Si repasamos algunas cifras significativas «los hogares formados por un matrimonio con hijos (con uno o más, menores de 18 años), eran en 1970 el 40.3%, del total de hogares americanos; en 1980, el 30.9% y en 1991 el 25.9%. A su vez, en 1991, los hogares formados por un matrimonio sin hijos era el 29.4%; los compuestos por otro grupo familiar con hijos, el 8.5%; los constituidos por otro grupo familiar sin hijos, 6.5%; los integrados por individuos que conviven sin tener vínculos familiares, 4,7%; los individuos que viven solos, 25.0%» (Choza, 1995, 133).

Estos distintos modelos de unidades familiares se deben al desarrollo económico propio de las sociedades tecnológicas. Estas sociedades proporcionan múltiples beneficios como las mejores de las condiciones laborales, de la salud y de la edad media de vida, la creación de mejores condiciones para el ocio, el incremento de la autonomía de la mujer pero, también, acarrear una serie de consecuencias como la atomización de la familia o la facilidad para el divorcio. Según la Oficina Americana del Censo, en 1992, la mitad de los matrimonios contraídos, en Estados Unidos, finalizan con un divorcio. (Choza, 1995, 133). Pero, lo realmente significativo no es tanto el cambio en el modelo de unidad familiar cuanto la ausencia de comunicación entre padres e hijos.

Para algunos autores esta ruptura en la comunicación se debe a que los propios padres son quienes a través de una educación extremadamente permisiva y tolerante han equipado a sus hijos con un superyo anémico (Roszak, 1970, 46). Los jóvenes tardan más tiempo en crecer porque, se les ha educado en el placer, en el juego, en la libertad sin límites y en la irresponsabilidad. Este análisis, se parece bastante al que mantienen algunos escritores como Lidia Falcón (El País, Febrero, 94) y puede resumirse en que los jóvenes españoles nacidos en la sociedad del bienestar, han sido educados en la absoluta libertad, no teniendo ninguna obligación y disfrutando de todos los beneficios, llegando al sumo de la irresponsabilidad impidiendo, con ello, la adquisición de una madurez que les facilite mejor la transición a la vida adulta. Otros autores piensan que la clave del problema se encuentra no sólo en una educación demasiado tolerante y permisiva por parte de los padres sino en que en la familia existe una *anomia*. Es decir, una ausencia de criterios normativos seguros y estables. Esta *anomia* se debe a la contradicción entre los valores de la familia y los de los medios de comunicación, en especial, al influjo de la televisión, así como a los cambios demográficos ocurridos en el seno de la familia. Los hijos crecen cada vez más sin hermanos y los padres trabajan los dos frecuentemente fuera de casa. «Muchos padres, y sobre todo muchas madres, parecen haberse refugiado en la satisfacción de las demandas materiales y afectivas de los hijos, renunciando a ejercer un papel importante en las demandas cognitivas y axiológicas» (Martín y Velarde, 1996, 26).

Resulta significativo observar que los problemas que más se tienen en cuenta en las familias españolas y los que plantean más dificultades de relación, son los relativamente secundarios pero domésticamente importantes (por ejemplo, los relativos a la colaboración en las tareas domésticas, o la hora de llegada a casa por la noche). Los problemas de cierta relevancia, como la ideológica política, las creencias religiosas, las amistades con las que los jóvenes se relacionan no son problemas que se discuten en la familia (González Blasco, 1994, 53 y ss). Este autor cree que las causas de eliminar los temas importantes del ámbito familiar pueden deberse a un pacto tácito que sostenga la paz familiar, o a una desideologización de la sociedad y de la familia. Hoy en día, no se da importancia al hecho de que los hijos no piensen igual que los padres en cuestiones religiosas o políticas. Parece que las familias «han abdicado un tanto de ser transmisoras de valores en estos dos aspectos» (ibid, op. cit., 54). Además, existe un cierto miedo, en los padres, y también, en los hijos, a la hora de tratar temas que puedan entorpecer la convivencia doméstica.

La situación de los jóvenes americanos o de otros países europeos, puede ser un poco distinta ya que éstos no tienen miedo. Sus discrepancias no pueden afectar a la buena convivencia familiar porque ellos se han independizado y no conviven con sus padres. Por el contrario, los jóvenes españoles dependen económicamente de sus padres. Pero, a pesar de que el 93% viven con sus progenitores, sólo el 52% considera que le gustaría seguir haciéndolo. Las razones de que los jóvenes españoles deseen permanecer en el hogar familiar son variadas. El 59% destaca las necesidades afectivas, es decir, se sienten queridos o bien acogidos. Pero, también, «los jóvenes indican en porcentajes bastante altos que se encuentran a gusto en el hogar porque tienen cuidados materiales (54,3%), o porque están cómodos (51,1%)» (González Blasco, 1994, 55). Quizás, por esta razón, los jóvenes que han alcanzado su independencia familiar

son quienes más se atreven a quejarse abiertamente de la falsa y superficial comunicación existente con sus padres. En cualquier caso, las consecuencias son similares, existe «una cierta minimización del intercambio de relaciones de los jóvenes con los adultos, de las cuales se sustrae lo importante» [...] y «no hay un intercambio fecundo jóvenes-padres/adultos en temas esenciales e importantes» (Ibidem).

Otros autores sostienen que esta ausencia de comunicación entre padres e hijos se debe no tanto a la anomia cuanto a que existe «un enfrentamiento generacional que hace difícil, cuando no imposible, el diálogo y el entendimiento entre padres e hijos, profesores y alumnos, sacerdotes y feligreses, viejos y jóvenes, etc., produciéndose, como resultado, una cierta huida del espacio familiar, escolar y parroquial» (Gervilla, 1993, 157). Este distanciamiento se debe a que los padres, profesores y sacerdotes son de mentalidad moderna, y los hijos, alumnos y feligreses son de mentalidad postmoderna. Por eso, la distancia es tal que hoy los hijos son hijos de sus padres sólo biológicamente; axiológicamente son, como mucho, sus nietos (Ibidem).

Sin embargo, en nuestra tarea educativa no observamos que los padres ni muchos profesores presenten una mentalidad moderna. Es decir, no poseen unos criterios de certeza y verdad absolutos, no confían en la fuerza de la racionalidad ni en las grandes utopías. En cualquier caso, la importancia de la relación con los padres es decisiva porque «ni siquiera la influencia de amigos y compañeros, que en la adolescencia llegar a hacerse destacada, es siempre más intensa que la de los padres» (Fierro, 1990, 341). Pero, cuando esa relación se deteriora y se pierde la comunicación, entonces se estrechan todavía más los lazos con los amigos y se busca en ellos un refugio afectivo y, sobre todo, un refugio ideológico. Pero, las relaciones afectivas entre los propios adolescentes tampoco están exentas de conflictos.

Si una de las funciones de la sociedad es regular la conducta de los jóvenes en el intervalo de tiempo que va desde la madurez sexual hasta el momento de contraer matrimonio, los cambios existentes en las sociedades industrializadas han ocasionado que los jóvenes que se sitúan en ese intervalo, cada vez más prolongado, encuentren mayores dificultades a la hora de asumir compromisos de interacción sexual. «Poco después del cambio de siglo, y coincidiendo con la aparición de los automóviles como medio común de transporte, cambiaron las normas de interacción heterosexual prematrimonial. El emparejamiento y el establecimiento de citas, sustituyeron al cortejo y al noviazgo como primera forma de relación prematrimonial allá por la época de la Primera Guerra Mundial [...] En aquel tiempo, las parejas se volvieron más casuales, sin que el compromiso fuese necesario más allá del ocio y del esparcimiento» (Hopkins, 1987, 248). La sociedad americana, como otras sociedades, permite la interacción sexual sin que sea obligatorio un compromiso anterior.

En una sociedad que tiende a borrar las fijas fronteras establecidas entre lo masculino y lo femenino, los adolescentes pueden experimentar una confusión bisexual que se une a una consciencia de identidad para dar lugar a una preocupación excesiva acerca de la cuestión relativa a qué clase de hombre o de mujer, o qué clase de ser intermedio o desviado puede devenir uno. Así, «un adolescente puede sentir que ser un poco menos de un sexo, significa ser mucho más, si no por completo del otro» (Erikson, 1980, 160). De esta manera, se observa «un retraimiento a contraer compromisos serios (postura coherente con el retraso que se está produciendo en la edad de contraer matrimonio), y lo que por otra parte refleja también un cierto temor a

contraer lazos «fuertes» con respecto al futuro» (González, 1994, 53).

Por eso, los jóvenes en vez de avanzar a un estadio mayor de desarrollo psicológico y social caracterizado por las relaciones heterosexuales íntimas o por grupos de parejas libremente asociados, vuelven a un estado más propio de la adolescencia que se caracteriza por las relaciones entre pandillas heterosexuales. Los jóvenes no pueden pertenecer al grupo de los adultos pero siguen necesitando grupos de referencia con los que identificarse. Establecen pandillas basadas en una amistad heterosexual ya que ellas realizan las mismas funciones que las ejercidas por la familia en las sociedades avanzadas. Es decir, son los vehículos que permiten establecer lazos afectivos y mantener la relación de pertenencia al grupo. El adolescente «necesita establecer una identidad así como una definición interna de sí mismo que tenga legitimidad y corroboración en las respuestas de algunas personas relevantes» (Hopkins, 1987, 242). Los padres de muchos jóvenes han perdido esa legitimidad y son suplantados por los amigos.

El adolescente suplanta a la familia por el grupo o pandilla entendidos como un «pueblo» o «clase» con sus propios rasgos definitorios: valores, normas, actitudes y creencias. Así, poseen un sentimiento de ser admitidos en una pseudosociedad. A veces, las dificultades o incapacidades para asumir un trabajo o mantener compromisos afectivos se suplanta por la dedicación a los trabajos a desempeñar en el grupo: robos, destrucciones, peleas, crímenes u otros actos de perversión. «Su imperturbabilidad, ante cualquier acusación que debería avergonzarles, es considerada con frecuencia como la marca de una total perdición personal, mientras que de hecho viene a ser como una especie de «marca registrada», la auténtica insignia de la «especie» a la que el menor (casi siempre marginado en cuanto aspectos económicos y étnicos) pertenecería hasta la muerte, mejor que probar fortuna en una sociedad ansiosa de confirmarle como criminal y de «rehabilitarle» luego como excriminal» (Erikson, 1980, 221).

2.4. La identidad profesional

La adolescencia es un estado característico de toma de decisiones. Las decisiones profesionales constituyen un factor decisivo para el logro de identidad ya que «la incapacidad para establecer una identidad ocupacional es aquello que más perturba a los jóvenes» (Erikson, 1980, 113). Aunque, como ya hemos visto anteriormente, el periodo de moratoria es necesario para la construcción de la identidad, si esa demora se prolonga indefinidamente, entonces puede afectar trágicamente a la configuración de una personalidad armónica. En España, las dificultades de encontrar un empleo afecta considerablemente a la construcción de la identidad de los jóvenes. «Al aumentar no sólo el número de parados sino el tiempo necesario para conseguir un empleo y aun el primer empleo, se va alargando el período de juventud, creándose una juventud forzosamente prolongada, con lo que se establece un desfase entre el desarrollo físico y el psico-social, que a su vez no coincide con el económico que se estanca en el paro. Si se alarga excesivamente esta situación, como en buena parte esta ocurriendo, el joven afectado corre el riesgo de pasar de una situación de «estar en el paro» a una más seria de «ser» un parado» (González Blasco, 1994, 65-66).

Nuestro medio cultural contribuye poco a realizar una cómoda transición de la adolescencia a la edad adulta. Por eso, a menudo se produce un desfase entre el

desarrollo físico y psicológico del adolescente. «La incorporación de los adolescentes al estatus adulto se retrasa cada vez más, de tal modo que cada vez con más frecuencia nos encontramos con personas que son física y psicológicamente adultas, pero que sin embargo siguen siendo socialmente no adultas: continúan bajo la dependencia de sus padres, no se incorporan al mundo del trabajo, no pueden formar una unidad familiar propia, etc., no porque no deseen independizarse, trabajar o mantener una relación estable e independiente con una persona del otro sexo, sino porque las condiciones sociales de dificultad para acceder al mundo laboral, prolongación de la escolaridad, coste de la vida, etc., hacen imposible materializar esos deseos» (Palacios, 1990, 306).

Si nos atenemos a las estadísticas, los jóvenes de 16 a 24 años se dividen en dos mitades casi iguales: el 49% está activa y el 51% inactiva. En este caso, la gran mayoría (84,6%) se encuentra cursando estudios. De los jóvenes de ambos sexos activos, un significativo porcentaje (38,1%) están en situación de parados, ya sea desempleados o buscando su primer empleo [...] «casi uno de cada dos jóvenes (45,1 %) ve con preocupación la realización de sus proyectos, e incluso casi uno de cada cuatro (23,5 %) considera afectada su libertad, y también un buen porcentaje (18,7 %) lo acusa en efectos físicos. Pero, quizás lo que llama más la atención es que la situación de paro afecte a los jóvenes hasta el extremo de que una cuarta parte de ellos (24,0 %) afirman que esto les inclina a «hacer cualquier cosa para vivir» (González Blasco, 1994, 64 y 69).

En España, más de un millón de jóvenes ni estudian, ni encuentran trabajo. El narcotráfico, el consumo de drogas, la prostitución, el crecimiento de juegos de azar, las ludopatías, el auge de algunos grupos violentos, son las medidas que toman algunos jóvenes para sobrevivir. Otros, aceptan la demora y se dedican a realizar trabajos que no se corresponden con sus capacidades, algunos se dedican a actividades de voluntariado social en espera de poder integrarse en la vida adulta. Resulta significativo el número de jóvenes, entre 25 y 29 años, que podrían ser adultos pero que todavía buscan su primer trabajo, retrasando, con ello, su integración en la sociedad.

El paro y la inestabilidad laboral produce una serie de efectos contraproducentes en la vida de los jóvenes. Entre todos ellos podemos destacar los siguientes (González Blasco, *op.cit.*, 65):

a) Vivir sin un horizonte estable de futuro y, por tanto, reforzar un presentismo, un vivir «al día» un tanto pesimista por «inútil» ante un horizonte cerrado.

b) Imposibilitar la incorporación al mundo adulto-profesional y mantener a una buena parte de la juventud en una «continua situación de tránsito» hacia lo incierto, en un aparcamiento forzado que condiciona su presente.

c) Situar esa juventud en una anomia porque «al no saber bien qué se hace», termina «no sabiendo bien quién es».

d) Crear una mentalidad de fracaso y un estado de dependencia que la margina.

e) Originar un proceso de disociación, puesto que si en la sociedad actual profesión y familia constituyen dos elementos esenciales para las personas, a esa juventud se les «obliga» a vivir en la casa de sus padres y del apoyo económico de los mismos, haciéndole prácticamente inviable crear la familia propia. Se le hace «esclava» de la familia de origen y «desertora» del hogar futuro y propio, pues sin un trabajo, y por tanto sin base económica suficiente, no lo pueden fundar.

f) Si, como ocurre, esa misma sociedad fomenta un consumismo del más variado tipo, se hace que el joven dependiente se sienta impulsado a gastar lo que no tiene y por tanto, buscándolo como puede.

Muchos jóvenes tienen un talante pesimista, se encuentran en una permanente situación de tránsito, con una mentalidad de fracaso que les lleva a sentirse marginados, no sabiendo bien quiénes son. Pero, no sólo el desempleo es lo que origina la crisis de identidad ocupacional de los jóvenes. El problema no radica únicamente en que no exista oferta laboral, sino más bien de que la oferta existente no satisface a los jóvenes. Estos no pueden autorrealizarse porque el trabajo lejos de humanizarles, les deshumaniza: el joven se siente como «una pieza de la máquina» más que un participante orgulloso que crea un producto (Hopkins, 1987, 333).

Lo realmente significativo es que, como ocurre con casi la mitad de los jóvenes españoles (alrededor de un 44%), los jóvenes encuentran su autorrealización fuera del trabajo. El éxito laboral, o formar una familia no es, ahora, lo más decisivo para realizarse como personas. Aunque, la otra mitad de jóvenes españoles mantengan la importancia del éxito, éstos separan el éxito de la competencia profesional. Para casi dos de cada tres jóvenes, la calidad, la honestidad con el propio trabajo no es más que un factor de relativa importancia para conseguir el éxito (González Blasco, 1994, 39). ¿No será esto, tal y como sostiene, González Blasco, un reflejo de lo que se observa en la sociedad adulta? ¿no serán, también los padres, los que transmiten esos valores en la familia? Parece que muchos jóvenes españoles, ven el dinero o el éxito profesional como un instrumento, como un medio y no tanto como un fin para conseguir la autorrealización. Así, se observa una tendencia en los jóvenes de reducir las aspiraciones económicas para poder disponer de tiempo libre que permita hacer y disfrutar de otras cosas. Por eso, muchos jóvenes dividen su existencia de una manera extremadamente fragmentaria. Por un lado, el tiempo de trabajo y por otro, el tiempo de ocio (Aguinaga y Comas, 1997, 202). Si el trabajo no conlleva ninguna autorrealización personal, el tiempo libre se llena, a menudo, de evasiones radicales de la personalidad centradas frecuentemente en el abuso de las drogas o en el desarrollo de conductas agresivas y violentas.

Como ha señalado Luis Racionero, existen distintos modelos de actitud social ante el tiempo libre que pertenecen a épocas distintas propias de las sociedades industriales avanzadas y que se corresponden con movimientos juveniles contraculturales. Por ejemplo, la correlación entre los *beat*: existencialismo elitista de posguerra, los *hippies*: bienestar consumista de los sesenta y los *punk*: la crisis de los ochenta. «En este sentido, los *punk* anuncian en forma bufonesca la inevitable transición del paro al ocio» (cit. en Feixa, 1998, 156).

Erikson ha puesto de manifiesto que los adolescentes pueden atravesar por un período de *confusión temporal*, acentuada hoy en día por la mayor disposición del tiempo libre, y que representa una regresión a la infancia, época en la que el tiempo no existía. «La experiencia acerca del tiempo surge tan sólo a partir de la adaptación del lactante a ciclos iniciales de tensión debida a la necesidad, demora de la satisfacción y saciedad» (Erikson, 1980, 156). La posible satisfacción del deseo proporciona al tiempo una cualidad de intensa esperanza, mientras que si aumenta la demora, se incrementan los sentimientos de rabia. Muchos jóvenes adolescentes no confían en el tiempo. No creen que sea predecible una suficiente satisfacción de sus deseos. Por

eso, muchos de ellos dejan de tener expectativas. No parece que valga la pena desear y trabajar. Su visión de la realidad es pesimista y, a veces, irónica y cínica, a veces producto de una rabia contenida.

Esa desconfianza y fragmentación del tiempo provoca el deseo de refugiarse en el mundo intemporal infantil ya que «toda demora supone una decepción, toda espera, una experiencia de impotencia; toda esperanza, un peligro; todo proyecto, una catástrofe; todo posible proveedor, un traidor en potencia. Así pues, hay que detener el tiempo, si es preciso, mediante el medio mágico representado por la inmovilidad catatónica» (Erikson, 1980, 156).

Esta descripción que hace Erikson se refiere a casos extremos, incluso patológicos de confusión de identidad. Pero, existe también una forma normal transitoria de paralización del tiempo, propia de todos los adolescentes. Algunos jóvenes manifiestan la confusión temporal a través de la ingestión de drogas o del contacto frenético con la música y la danza, otros a través de una simbiosis con la naturaleza, en especial, con la contemplación del sol y sus posteriores visiones catárticas, o con la ritualización implicada en el hecho de inventar historias. Las historias, contadas por algunos jóvenes, se sitúan fuera del tiempo real, del tiempo propio de los adultos, y se insertan en un tiempo infantil, imaginario. Es el tiempo de los juegos, de la contemplación de nuevos mundos y nuevos héroes donde el derroche de la fantasía permite recobrar la inocencia perdida.

Pero, no es extraño que algunos jóvenes se evadan de las responsabilidades del mundo de los adultos y las distancias entre las generaciones se amplíen ya que la sociedad, hoy en día, «culpabiliza a la gente joven por el estado presente de las cosas, alegando que son incapaces de hacer su propio futuro» (Martín y Velarde, 1996, 18). En las décadas de los años 60 y 70 la juventud era considerada como la protagonista de la sociedad del bienestar. Los jóvenes eran partícipes del pleno empleo, del consumo, de las prestaciones sociales. «En aquellos años a las personas jóvenes se les animaba todavía a pluriemplearse; a independizarse pronto; a asumir el futuro como una aventura abierta a su iniciativa y a su esfuerzo. Talante existencial que según la mitología de la época, sería premiado con el bienestar material, una carrera de ascensos profesionales y la jubilación anticipada [...]. A la juventud se la representaba como protagonista del cambio y la modernización. Y se le adulaba como arquetipo de un nuevo ser humano más feliz, más afortunado y mejor dotado física y culturalmente, al que los adultos debían imitar, en la apariencia, en la forma de expresarse e incluso en las *performances* eróticas» (Ibid, op. cit., 18). Los teóricos de la juventud como Roszak sostenían que «la contracultura más que merecer atención, la exige desesperadamente, puesto que yo al menos ignoro por completo dónde pueda encontrarse, además de entre esa juventud disidente y entre sus herederos de las próximas generaciones, un profundo sentimiento de renovación y un descontento radical susceptibles de transformar esa desorientada civilización nuestra en algo que un ser humano pueda identificar con su hogar» (1970, 11).

La situación ha cambiado completamente. Ahora, ya no queda nada de esa imagen adulatora de los jóvenes. El razonamiento se ha invertido hasta tal punto que «*estamos siendo inducidos desde la comunicación pública, a pautar los problemas sociales como conflictos entre las generaciones*» (Martín y Velarde, 1996, 20). Los medios de comunicación ponen especial énfasis, con un talante sensacionalista y agresivo, en las

desviaciones de la conducta juvenil. Se incrementa, así, «la tendencia a explicar el desorden social como resultado de la irresponsabilidad juvenil» (Ibidem). Por eso, es preciso hacer una nueva lectura de la situación real por la que atraviesan los jóvenes de los 90. Analizar los factores y causas de su problemática situación y no limitarnos a culpabilizarles de unos males de los que ellos no son los únicos culpables.

Bibliografía

Aguinaga, J., Comas, D., *Cambios de hábito en el uso del tiempo, trayectorias temporales de los jóvenes españoles*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Instituto de la Juventud, Lerko Print S. A., Madrid, 1997.

Aguirre, A., Rodríguez, M., *Skins, Punkis, Okupas y otras tribus urbanas*, Bardeñas, Barcelona, 1997.

Choza, J., «Educación sexual en la familia y en la escuela» en *Valores, Familia y Educación*, J. G. H., Editores S. A. de C. V., México, 1995, pp. 133-137

Diccionario de la Real Academia Española, I y II, Espasa Calpe, Madrid, 1984.

Erikson, E.H., *Identidad, Juventud y crisis*, Taurus, Madrid, 1980.

Elzo, J., Orizo, F. A., González, P., del Valle, A., *Jóvenes Españoles 94*, Fundación Santa María, Ediciones S. M., Madrid, 1994, pp.15-19

Feixa, C., *De jóvenes, bandas y tribus*, Ariel, Barcelona, 1998.

Fierro, A., «Relaciones Sociales en la Adolescencia», en *Desarrollo Psicológico y Educación, Psicología evolutiva*, compilación de Jesús Palacios, Álvaro Marchesi y César Coll, Alianza, Madrid, 1990, pp. 339-346

Gervilla, E., *Postmodernidad y Educación, valores y cultura de los jóvenes*, Dykinson, Madrid, 1993.

González Blasco, P., «Los jóvenes y sus identidades» en *Jóvenes Españoles 94*, Fundación Santa María, Ediciones S.M., Madrid, 1994, p. 21-88

Hall, S. G., *Adolescence: Its Psychology and its relations to Physiology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education*, Appleton Century Crofts, New York, 1915 (1904).

Hopkins, J. R., *Adolescencia, Años de Transición*, Pirámide, Madrid, 1987.

Kroger, J., *Identity in Adolescence, The Balance between self and other*, Routledge, London and New York, 1996.

Martín M., Velarde, O., *Informe Juventud en España*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Instituto de la Juventud, Madrid, A. G. Grupo, S. A., Madrid, 1996.

Martín Criado, E., *Producir la Juventud*, Madrid, Istmo S.A., Madrid, 1998.

Mead M., *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, Planeta, Barcelona, 1985.

Palacios, J., «¿Qué es la adolescencia?» en *Desarrollo Psicológico y Educación, Psicología Evolutiva*, compilación de J. Palacios, A. Marchesi y C. Coll, Alianza, Madrid, 1990, p. 299-309

Roszak, T., *El nacimiento de una contracultura*, Kairós, Barcelona, 1970.